



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 20

28.02.2021

DOMINGO DE LA 2ª SEMANA DE CUARESMA

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Génesis (Gn 22, 1-2. 9-13. 15-18).
Salmo Responsorial	Salmo 115 (Sal 115, 10 y 15. 16-17. 18-19).
2ª Lectura	De la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos (Rom 8, 31b-34).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO^① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 9, 2-10):

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, subió aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.

Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo».

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Cuando bajaban del monte, les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos.

Esto se les quedó grabado, y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.

^① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube:

«Este es mi Hijo amado; escuchadlo».



Hay un aspecto sobre el que hay que reflexionar: la orden de "escucharlo". La palabra de Dios que hay que escuchar tiene un aspecto imperativo: lo que tenemos que hacer, la regla que hay que seguir, el punto de vista que hemos de asumir en nuestras relaciones con los demás y con la historia.

Finalmente, la palabra de Dios es una fuerza, una promesa fiel que alcanza su objetivo, a pesar de todos los obstáculos. Comprendemos entonces cómo esta invitación a escuchar es invitación a la obediencia, a la conversión y a la esperanza.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración: 10 - La Oración de los Salmos 1/3

Miércoles 14 y 21 de octubre de 2020.

En la Biblia nos encontramos con un libro compuesto solo de oraciones. Se trata del **Libro de los Salmos**: 150 salmos para rezar.

Forma parte de los libros sapienciales, porque comunica el “**saber rezar**” a través de la experiencia del diálogo con Dios. En los salmos encontramos todos los sentimientos humanos: las alegrías, los dolores, las dudas, las esperanzas, las amarguras que colorean nuestra vida. El *Catecismo* afirma que cada salmo “**es de una sobriedad tal que verdaderamente pueden orar con él los hombres de toda condición y de todo tiempo**». Leyendo y releendo los salmos, nosotros aprendemos el lenguaje de la oración. Dios Padre, de hecho, con su Espíritu los ha inspirado en el corazón del rey David y de otros orantes para enseñar a cada hombre y mujer cómo alabarle, cómo darle gracias y suplicarle, cómo invocarle en la alegría y en el dolor, cómo contar las maravillas de sus obras y de su Ley. Los salmos son la palabra de Dios que nosotros los humanos usamos para hablar con Él.

En este libro no encontramos personas abstractas, gente que confunde la oración con la experiencia estética o alienante. Los salmos no son textos nacidos en la mesa; son invocaciones, a menudo dramáticas, que brotan de la vida, de la existencia. Para rezarles basta ser lo que somos. No tenemos que olvidar que para rezar bien tenemos que hacerlo tal como somos; no maquillados. No hay que maquillar el alma para rezar. En los salmos escuchamos las voces de orantes de carne y hueso, cuya vida, como la de todos, está plagada de problemas, de fatigas, de incertidumbres. El salmista no responde de forma radical a este sufrimiento: sabe que pertenece a la vida. Los salmos cambian el sufrimiento en preguntas. Del sufrir al preguntar.

Y entre las muchas preguntas, hay una que permanece suspendida, como un grito incesante que atraviesa todo el libro de lado a lado. Una pregunta, que nosotros la repetimos muchas veces: “¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo?”. Cada dolor



reclama una liberación, cada lágrima invoca un consuelo, cada herida espera una curación, cada calumnia una sentencia absolutoria. “**¿Hasta cuándo debo sufrir esto, Señor? ¡Escúchame, Señor!**”

Planteando continuamente preguntas de este tipo, los salmos nos enseñan a no volvernos adictos al dolor y nos recuerdan que la vida no es salvada si no es sanada. La existencia

del hombre es un soplo, su historia es fugaz; pero el orante sabe que es valioso a los ojos de Dios, por eso tiene sentido gritar. Y esto es importante. Cuando nosotros rezamos, lo hacemos porque sabemos que somos valiosos a los ojos de Dios. Es la gracia del Espíritu Santo que, desde dentro, nos suscita esta conciencia: de ser valiosos a los ojos de Dios. Y por esto se nos induce a orar.

La oración de los salmos es el testimonio de este grito: un grito múltiple, porque en la vida el dolor asume mil formas: enfermedad, odio, guerra, persecución, desconfianza; hasta el “*escándalo*” supremo, el de la muerte. La muerte aparece en el Salterio como la más irracional enemiga del hombre: ¿qué delito merece un castigo tan cruel, que conlleva la aniquilación y el final? El orante de los salmos pide a Dios intervenir donde todos los esfuerzos humanos son vanos. Por esto la oración en sí misma es camino e inicio de salvación.

En el Salterio el dolor se convierte en grito de ayuda que espera interceptar un oído que escuche. No puede permanecer sin sentido, sin objetivo. Tampoco los dolores que sufrimos pueden ser solo casos específicos de una ley universal: son siempre “mis” lágrimas. Pensad en esto: las lágrimas no son universales, son “mis” lágrimas. Cada uno tiene las propias. “Mis” lágrimas y “mi” dolor me empujan a ir adelante con la oración. Son “mis” lágrimas que nadie ha derramado nunca antes que yo. Sí, muchos han llorado, muchos. Pero “mis” lágrimas son mías, “mi” dolor es mío, “mi” sufrimiento es mío.

VII.- LA EXPERIENCIA DE FE Y LA PROPUESTA CRISTIANA

La fe aporta al cuidado de los enfermos en situación terminal una luz nueva en la consideración del misterio de la Creación y Redención en Cristo. Todo ser humano es digno de nuestro respeto y atención, pues, creados a imagen y semejanza de Dios, hemos sido redimidos por la muerte y resurrección del Señor Jesús. Él da sentido pleno a la vida y a la muerte, y abre el camino del amor, la esperanza y la misericordia. Como afirmaba san Juan Pablo II en la Encíclica *Evangelium vitae*: «El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana incluso en su fase temporal. En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana. Un proceso que, inesperada e inmerecidamente, es iluminado por la promesa y renovado por el don de la vida divina, que alcanzará su plena realización en la eternidad (cf. 1Jn 3, 1-2). Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el carácter relativo de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es realidad “última”, sino “penúltima”; es realidad sagrada, que se nos confía para que la custodiamos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos».



Esta misma encíclica de san Juan Pablo II que se acaba de citar recoge la afirmación expresada por la constitución conciliar *Gaudium et Spes* cuando afirmaba que «el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación... Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!».

Y así, la Encíclica *Evangelium vitae* de san Juan Pablo II afirma que «todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. Rom 2, 14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política. Los creyentes en Cristo deben, de modo particular, defender y promover este derecho».

Ya hemos visto antes cómo un objetivo vital puede dar sentido a los sufrimientos y dificultades de la vida, al mostrarles un «para qué» (aunque, en bastantes ocasiones se muestre solo vagamente intuitivo) y principalmente, como recordaba el Papa Francisco, un «para quién». La pregunta por el sentido de la vida recibe una respuesta profunda y plena en el Misterio de Cristo muerto y resucitado. La pregunta por el sentido global de la vida también es válida para un no creyente. Es anterior a cualquier pregunta ética, pues versa sobre la vida en su conjunto. Dijimos que la enfermedad puede ser ocasión para «detenernos» y reflexionar sobre la propia vida en su conjunto, para poder adentrarnos en su sentido. Sin embargo, quien ha captado la dimensión sobrenatural del sufrimiento puede caer en la tentación de proponer esta solución a los pacientes, y no respetar el ritmo razonable de la reflexión y maduración personales ante la enfermedad. Como vimos, no se pueden forzar las respuestas sobre el sentido, pero sí cabe acompañar y sostener al enfermo en el recorrido de su propio camino de reflexión y profundización.



SAN PABLO Y NOSOTROS (4)

UNA CONCEPCIÓN DEL MUNDO:

¿Es actual aún, en nuestra época cósmica, ese trotamundos del primer siglo? Sí, mucho antes que el jesuita y paleontólogo Teilhard de Chardin, sacerdote francés, que escribió “El Fenómeno Humano”, Pablo ha tenido la intuición de la evolución humana: **«La creación entera gime como con dolores de parto»** (Rom 8, 22). El universo está en evolución. El hombre debe obrar con entusiasmo. Pablo prevé y alienta todo esfuerzo por conseguir estructuras económicas y sociales más humanas y más fraternales.

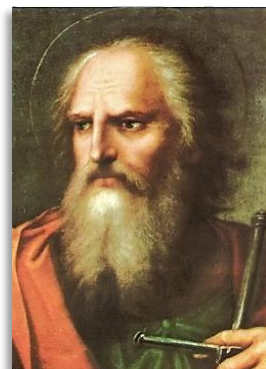
Mucho antes que la O.N.U., Pablo proclama la mundialización. *«Ya no hay ni judío ni gentil; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer: todos sois uno en Cristo Jesús»* (Gal 3, 28). En efecto, nuestro universo posee una significación Cristocéntrica. Es necesario *«recapitular todas las cosas en Cristo, las de los cielos y las de la tierra»* (Ef 1, 10). Fuente y término de la historia humana, Cristo es la cabeza de un inmenso Cuerpo del que cada hombre compone una célula. A cada uno de nosotros nos toca realizar la expansión de la unidad humana en la Caridad de Cristo.

UN IDEAL VIVIDO Y COMUNICADO:

En las encuestas hechas a los jóvenes, preguntando: «¿Cuál es vuestro ideal?, ¿conoces la mayoría de las respuestas?: una vida tranquila, fácil, sin contratiempos... Mucho dinero, comodidad, tranquilidad... ¿Qué lejos estamos del ideal de San Pablo! **«Para mí la vida es Cristo»** (Flp 1, 21) **«Yo sigo corriendo por si logro alcanzarlo, aunque yo mismo he sido alcanzado por Cristo Jesús** (recordemos que fue derribado, en su camino a Damasco, con autorizaciones para perseguir a los cristianos), **olvidando el camino recorrido, me lanzo hacia adelante, con todo mi ser en tensión y corro hacia la meta para alcanzar el premio a que Dios me llama allá arriba en Cristo Jesús»** (Flp 3, 12). ¡...Debemos elegir!

Pero no lo olvidemos, el ideal que Pablo nos propone es un ideal de comunidad: no lo podemos vivir aisladamente; debemos arder en deseos

de compartirlo con los otros: **«Desgraciado de mí si no anuncio el Evangelio.»** Debemos estar orgullosos de nuestra Fe: debemos participar en aulas y cursos de cultura religiosa, en la liturgia, especialmente en la **Eucaristía**, que es el encuentro semanal con Dios, con Jesús, algo que no se debe obviar, omitir o perder por otra actividad que no tendrá comparación de ninguna manera con la grandeza y el valor de reunirnos juntos para asistir a nuestro encuentro con Cristo, periódico. Comportémonos y vivamos como cristianos que somos, con coherencia con nuestra Fe, y demos testimonio, con nuestros hechos, a los demás.



de compartirlo con los otros: **«Desgraciado de mí si no anuncio el Evangelio.»** Debemos estar orgullosos de nuestra Fe: debemos participar en aulas y cursos de cultura religiosa, en la liturgia, especialmente en la **Eucaristía**, que es el encuentro semanal con Dios, con Jesús, algo que no se debe obviar, omitir o perder por otra actividad que no tendrá comparación de ninguna manera con la grandeza y el valor de reunirnos juntos para asistir a nuestro encuentro con Cristo, periódico. Comportémonos y vivamos como cristianos que somos, con coherencia con nuestra Fe, y demos testimonio, con nuestros hechos, a los demás.

Flotan en el aire cantidad de ignorancia, prejuicios, críticas a la Iglesia, basadas muchas veces en una falta grave de cultura religiosa. Debemos tener valor para decir con claridad y firmeza: **«¡No estoy de acuerdo!»**. Si algún amigo, algún compañero nos consulta sus dudas, ayudémosle a encontrar a Cristo.

Después de esta vida hay otra, sin ningún género de dudas. Si ayudamos a los demás a encontrar a Jesús, les estamos ayudando a que sean felices más allá para siempre, y aquí a que encuentren pleno sentido a su vida, como le ha pasado recientemente al primeramente ateo y profesor de Harvard, Roy Schoeman, que sufría porque no veía el sentido de la vida. No lo dudemos, ayudemos siempre que sea posible a encontrar la Verdad. Jesús dijo claramente y sin oscuridades: **«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»**, y lo que Él dice lo cumple. Recordemos, entre otros muchos hechos, los Milagros Eucarísticos que desde hace siglos y ahora están dándose en el mundo, con corroboración científica. **La Palabra de Jesús, se cumple.**